

BESTIARIO

LA llegada de Carmela García Moreno produjo el revuelo acostumbrado. Demasiado chatilla, dijo uno, para echar agua al mucho vino que había producido la entrada de una de las tres gracias de UCD. Aun no había sido asimilada su presencia cuando apareció el primer cadáver. El mayordomo cuchicheó al oído de Calvo Ortega que acaba de encontrar el cuerpo de Herrero de Miñón a los pies de un tilo.

—¿Muerto?

—De lo más muerto que he visto, señor.

Recomendó discreción el secretario general y salió al jardín sin más compañía que la de Rosón. Una macabra escena se desarrollaba ante sus ojos: Martín Villa cavaba una fosa y escondía el pico tras su cuerpo al verse sorprendido.

—Es que he visto a este hombre aquí y me he dicho: dale cristiana sepultura.

Se consultaron con la mirada Rosón y Calvo Ortega, consulta que dio por resultado quitarse las chaquetas y secundar el esfuerzo de Martín Villa con tantas ganas como torpezas. Enterrado y bien enterrado el contestatario eremita, recuperaron las chaquetas y volvieron al salón. Afortunadamente alguien gritó y Calvo Ortega saltó hacia atrás, porque de lo contrario le habría caído encima el cuerpo de Arturo Moya, precipitado desde el quinto piso hacia los amplios mosaicos corintos del hall del hotel donde se celebraba el congreso de UCD.

—¡Yo no he sido!

Gritó desde el quinto piso, Camuñas.

—Baja aquí, Ignacio. Que te he visto.

Trató de imponer su autoridad, Rosón.

—Yo no he sido.

—Ya te pillaré por mi cuenta en el plenario.

Insistió Rosón mirando a derecha e izquierda para captar los efectos de su energía sobre los congresistas. Dos maleteros se llevaron el cadáver de Moya, Carmela García Moreno se secó una furtiva lágrima.

—Era de lo más bonito que teníamos.

—Parecía un ejecutivo atasciano.

Opinó Soledad Becerril vestida para la ocasión como la señora que grita



más dentro del Guernica de Pablo Picasso.

-No puede decirse que fuera guapo. Pero tenía su aquél.

Soledad Becerril estaba de acuerdo.

-Los ojos. Unos ojos preciosos, entre el azul y el gris.

-Grises, completamente grises.

Sentenció Carmela.

-Ya te estás poniendo mandona ¡Cómo eres bajita!

Nadie asoció esta conversación al

hecho de que minutos después Soledad Becerril apareciera ahogada en el estanque, sin más compañía que dos peces de colores, perplejos ante la evidencia de que no conseguían ponerse de luto por más esfuerzos que hicieran.

-Aquí veo yo la mano del GRAPO.

Afinó Rosón dando un golpe al aire, marcando la ruta hacia un enemigo invisible. Como si el golpe hubiera llegado a su destino, un cuerpo se

desplomó con el cráneo abierto por un hachazo.

-¡Mi Paco! ¿Qué le habéis hecho a mi Paco?

Se arrojó sobre el cadáver García Díez, besando la helada frente.

-¡Beso la helada frente de la cabeza más limpia de Occidente!

A alguien no le gustó el comentario porque García Díez sacó la lengua, bizqueó, trató de decir mamá y cayó sobre el cadáver de Fernández Ordóñez, dejando ver el puñal florentino clavado en su espalda, justo entre las dos costillas que dan paso al corazón.

-¿Comprueben si le han quitado la cartera?

Ordenó Rosón y se explicó.

-Por el tipo de muerte no parece un asesino político.

-¿Insinúa usted que ha sido un atraco?

Preguntó Marcelino Oreja, mientras le tendía la pitillera de oro.

-Lo afirmo.

Se hizo traer Rosón una pizarra y puntero en mano hizo una serie de consideraciones sobre las características del crimen, rogando a los maleteros que dejaran el cadáver en su sitio, cinco minutos, palabra que sólo serán cinco minutos, mientras daba la explicación.

-Es que libro a las ocho y voy a perder el autobús.

Insistió el maletero votante del PSOE. Segundos después el maletero se acogió al seguro de paro y Rosón culminaba su brillante exposición.

-De lo cual deduzco que ha sido un atraco ¿Alguien ha visto algo?

-Yo no he sido.

Repitió Camuñas desde el quinto piso mientras trataba de esconder un objeto entre las hojas de un ficus.

-Ignacio ¿qué estás escondiendo? Me quieres dar tú el día a mí.

Sudaba y se quejaba Rosón todavía sin motivo si juzgamos los hechos que se sucedieron a partir de este momento. El primer aviso fue que Antonio Fontán estaba metido en el frigorífico del hotel y no atendía a los requerimientos de Meilán Gil para que saliera.

-Le he visto dentro y he pensado: está penando algún pecado. Pero ya lleva una hora y parece un salmonete.

En efecto, Antonio Fontán estaba muerto y la fina nariz de Carmela García Moreno olió el orificio por donde había entrado una extraña substancia.

-Curare.

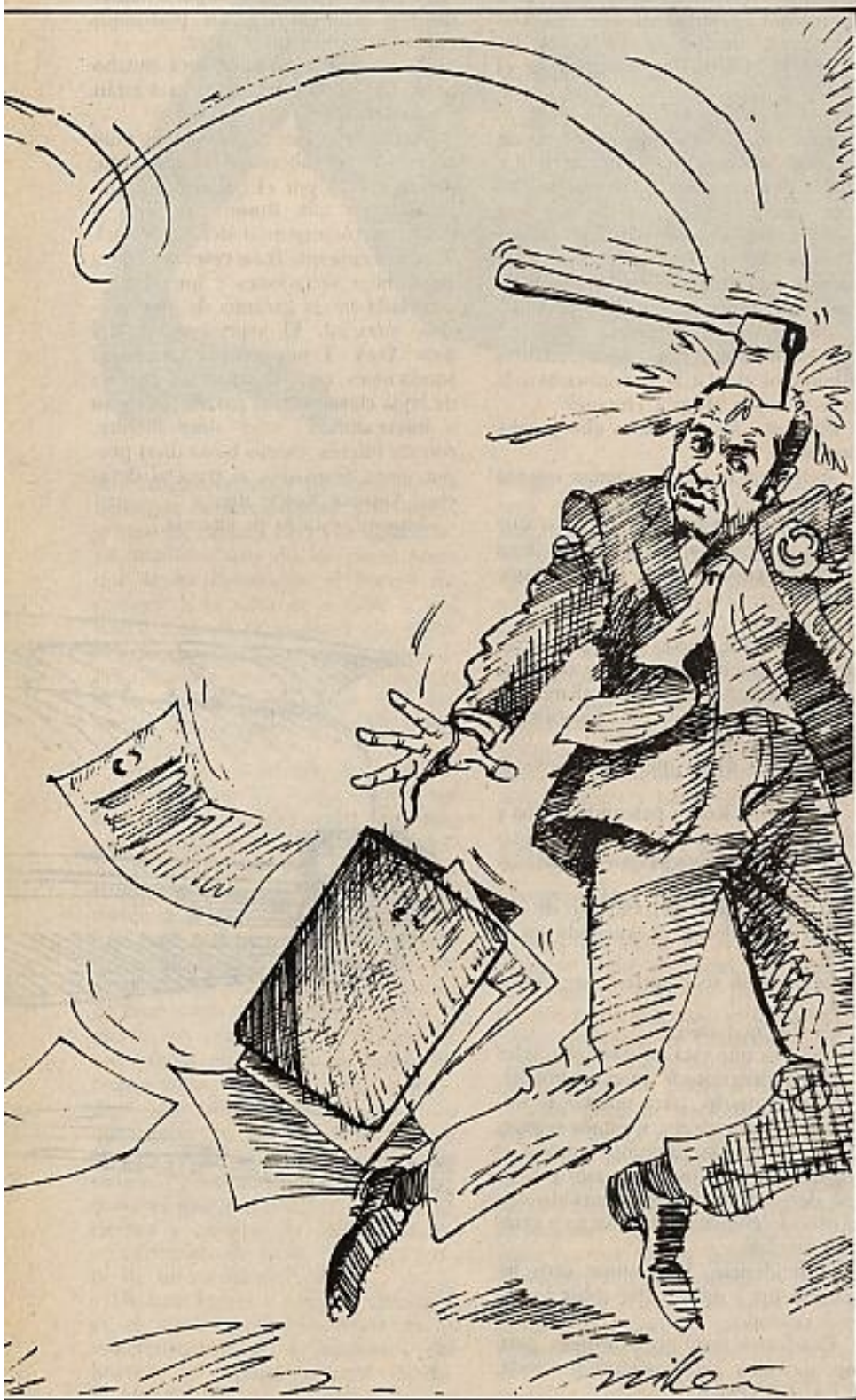
Aseveró Rosón entre el pasmo general.

-¿Cómo lo sabes?

Le preguntó Camuñas desde el quinto piso.

-Porque no huele a sobrasada.

Ante las miradas perplejas, Rosón se impacientó.



BESTIARIO

-Por favor, camaradas. Si estamos en Mallorca y no huele a sobrasada. ¿Cuál puede ser la causa de la muerte?

-La ensaimada.

No, dijo Rosón con la cabeza y los ojos cerrados.

-Una ayudita.

Le pidió Gamir vestido con pantalón de baño y cruzado mágico Playtex para señores.

-Empieza por cu y termina por re.

-¡Curare!

Gritó Oreja sonriendo con toda la dentura y dándose un coscorrón con los nudillos que le produjo la muerte instantánea.

-¿Y éste por qué se muere?

Se encogió de hombros Rosón y trató de salir del hall donde había penetrado una camioneta de reparto de ensaimadas perseguidora de varios congresistas y que a su huida dejó doce cadáveres atropellados in situ.

-¿Alguien conocido?

-Sánchez de León, pero aún respira.

Que le haga el boca a boca alguien con poca capacidad pulmonar.

Las noticias se sucedían.

-Hemos encontrado en los sótanos a cincuenta congresistas pasados a cuchillo.

-¿A cuántos cuchillos? No os fijáis en nada. Ningún cuchillo, por muy resistente que sea, resiste cincuenta degollamientos. Hablad con propiedad.

Aún no había terminado el ministro del interior, señor Rosón, de dar esta lección cuando se le vino encima el embajador norteamericano disfrazado de bailarín de boleros baleares.

-Yo me voy. Nadie va a salir vivo de este ho...

No llegó a terminar la palabra hotel. Se derrumbó y la sabia nariz de Rosón descubrió inmediatamente la causa de tan insólita despedida.

-Napalm. Le han tirado una bomba de napalm. ¡Ignacio baja de una vez y no me digas que no has sido tú! ¡Ignacio, baja, es una orden!

Como no bajaba, Rosón ordenó que fuera conducido a su presencia por la fuerza pública o multado con doscientas cincuenta pesetas, conocedor del talante tacaño del interfecto. Ni el hombre ni la multa.

-Ha muerto. Alguien le ha metido en la bañera creyendo que no era un mamífero y así está él.

-¿Ahogado?

-Usted lo ha dicho, jefe, que perspicacia.

Doscientos doce congresistas estaban ahorcados en el cuidado jardín de invierno.

-¿Con la corbata?

-Sí jefe ¿Cómo lo ha adivinado?

-Por que todos los de UCD llevamos

chaleco y corbata y eso se paga. ¿Cuántos congresistas nos quedan?

-Quinientos.

-Trescientos cincuenta.

Corrigió Calvo Ortega.

-Ciento cincuenta congresistas han sido achicharrados con lanzallamas.

No pudo continuar, porque Martín Villa le había agarrado el cuello con dos poderosas manos garras y le estrangulaba frenéticamente mientras a su vez era estrangulado por Luis Gamir que al tiempo agonizaba con las manos de Cabanillas anilladas en el cuello.

-Un poco de formalidad.

En vano. Los cadáveres asumieron su condición con una total gravedad y Rosón desistió hasta de darles cristiana sepultura.

-Hágame una estadística de los muertos. Me interesaría saber cuantas madres de asesinados de UCD son de Calahorra y cuantos padres de Calahorra.

-¿No le interesa el dato de cuantos asesinados de UCD pronunciaban la erre al estilo Múgica Herzog?

Preguntó Pilar Urbano que pasaba por allí.

-Setenta y dos. Sólo quedan setenta y dos.

Anunció el vigilante nocturno que se iba a recalentar la fiambra llena de judías con chorizo y cebolla avinagrada.

-¿Causas?

-Muertos de miedo treinta, muertos derrumbamiento ala edificio cuarenta y siete, muertos por ametrallamiento indiscriminado y sin causa justificada cincuenta y ocho.

-Y luego dirán que el pescado es caro.

Se quejaba Rosón paseando arriba y abajo de los grandes pasillos sin más obstáculo que los cuerpos amontonados.

-Lo siento jefe, pero acaban de clavarne una flecha envenenada en el culo.

Le anunció su lugarteniente principal.

-No es mal sitio.

-Pero es que está envenenada, jefe.

Iba a preguntarle maquinalmente, por preguntarlo, para no dar la impresión de desafecho, si estaba seguro, pero no hizo la pregunta porque el lugarteniente se puso tornasol y falleció después de haber soportado con cristiana resignación una larga y cruel enfermedad.

-Intendencia. Mándenme otro lugarteniente y un informe sobre lo que está pasando.

El informe llegó poco después, pero no aportaba una conclusión válida. ETA. GRAPO.

-Si han sido los del GRAPO me van a oír.

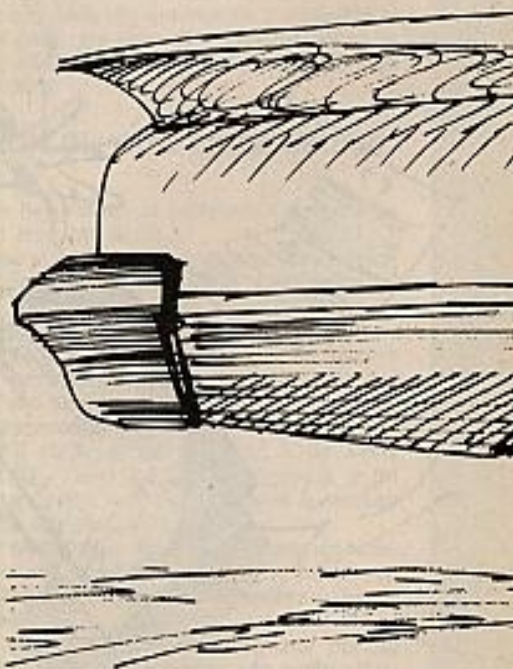
La indignación de Rosón era sincera y sobre todo su preocupación ante la inminente llegada de Suárez para inaugurar el congreso. Ni le emocionó la noticia de que Carmela García Moreno había sido encontrada asesinada por el procedimiento de hacerle comer perejil sin ton ni son.

-Es una orden. Los supervivientes no nos separemos y así podremos recibir al presidente Suárez.

-Si no nos separamos será mucho peor. Las tendencias homicidas están desatadas.

Opinó De la Cierva poco antes, muy poco, de ser abordado, seccionado, descuartizado por el *Queen Mary* que pasaba por allí. Rosón preguntó si estaba el corresponsal del New York Times. Tenía una frase reservada para penúltimas situaciones y quería pronunciarla con la garantía de una difusión mundial. El representante del New York Times acudió en malas condiciones, con un trinchete de lista de boda clavado en el parietal derecho e interesándole, muy sinceramente, con un interés sincero hasta unas proporciones desusadas, el parietal derecho. Aunque Rosón dijo:

-Muerte, esta es tu victoria.



El corresponsal del «New York Times» no estuvo atento, demostró el feroz egoísmo de la cultura anglosajona y prefirió ensimismarse para morir. Rosón recorrió los pasillos, las habitaciones en busca de un puñado de supervivientes, pero sólo encontró algunos resucitados dedicados a la práctica del canibalismo con cadáveres menos rápidos de reflejos resucitatorios. Al abrir una habitación descubrió a Alvarez Miranda escondido debajo de una cama.

-¿Qué haces tú ahí?

-No quiero que me maten.

Escéptico, Rosón cerró la puerta de golpe y como consecuencia del eco sonoro se derrumbó la cama sobre Alvarez Miranda y le descostilló de tan mala manera que las costillas se le clavaron en las vísceras fundamentales como se clavan en el rodillo las teclas de una máquina de escribir pulsadas a la vez.

-Ya no quedan barones.

Se dijo a sí mismo Rosón no sin cierta tristeza, pero de su tristeza le sacó un grito bestial, triunfante y a la vez preñado de siete meses de amenazas.

-¡No me cogeréis vivo!

-Maldición ¡Abril Martorell!

En efecto y para que los lectores que no

han seguido este relato se hayan dado una idea, haremos un resumen de lo publicado diciendo que Abril Martorell agazapado detrás de un canterano salmantino, había asistido al holocausto esperando el momento oportuno para intervenir. Rosón arrancó una espada de la panoplia y enfrentó su sable al de Abril Martorell. Ferozes golpes. Fulgurantes relámpagos avisadores del trueno de la muerte. Sudores lilas y resoplidos dragoniles, para finalmente quedar los dos contendientes, Rosón y Abril ensartados por las espadas, componiendo una equis de muerte en lento derrumbamiento hacia las alfombras. Más no estaba muerto del todo Rosón, con una mano en la vida ensangrentada que se le iba por la herida y la otra comprobante de que en la confusión de la lucha nadie le hubiera quitado la cartera. Se oían trompetas triunfales que anunciaban

la llegada del presidente para inaugurar el congreso. Rosón se arrastró sobre un suelo lubricado por su propia sangre y llegó al pie de la escalinata al tiempo que arribaba la limousine negra. Consumió las últimas fuerzas para abrirle la puerta al presidente. Pero una exclamación de horror coincidió en su boca con la última bocanada de sangre. El presidente estaba muerto sin duda a causa de la espada más limpia de Occidente que lo convertía en una mariposa ensartada contra el tapizado beige de la limousine.

No fue la última imagen que Rosón vio en este mundo. La última fue la de Josep Meliá y Rosa Posada abandonando su disfraz de árboles frutales, cogidos de la mano, saltando alborozados y correteando hacia el futuro mientras exclamaban.

-¡Al fin solos! ■ M.V.M.

